

Introducción:

San Sebastián es una ciudad y puerto del norte de España y capital de la provincia de Guipúzcoa, dentro de la comunidad autónoma del País Vasco. Es un importante puerto pesquero y centro turístico; cuenta con bonitas playas como la Concha que, protegida por la isla de Santa Clara, forma una bahía del mismo nombre que se extiende entre los montes de Igueldo y Urgull. La ciudad forma un área metropolitana con zonas residenciales y comerciales, que completan sus funciones administrativas, financieras, portuarias e industriales, centradas en los sectores metalúrgicos, de equipamiento eléctrico, cemento y productos alimentarios.

El casco antiguo, o parte vieja, está emplazado en el istmo que une una tierra firme con el rocoso y elevado monte Urgull, que está coronado por la fortaleza de La Mota, del siglo XVI. La ciudad nueva se extiende a lo largo de las orillas del río Urumea. En San Sebastián hay importantes galerías de arte, además de bellos edificios como el palacio de Miramar (antigua residencia de verano de los reyes) y el teatro Victoria Eugenia, en el que se celebra anualmente un festival internacional de cine. La ciudad cuenta, además, con una escuela técnica y un conservatorio.

Conocida en época romana, en el siglo XII recibió sus fueros como ciudad por el monarca de Navarra Sancho VI el Sabio y se convirtió en el principal puerto de Navarra en el Cantábrico, especialmente durante el siglo XIV, cuando Castilla empezó a exportar lana a Inglaterra y Flandes. Estos fueros fueron respetados por los Reyes Católicos. En 1813, durante la guerra de la independencia (1808–1814), la ciudad fue saqueada e incendiada tras el abandono de las tropas francesas. Poco después se inició su reedificación. Durante la Restauración se convirtió en el lugar de verano de la burguesía madrileña y principal destino de muchos inmigrantes navarros.

I – Historia de las fortificaciones:

Contar la historia de las murallas es contar la historia de la ciudad misma. Hay libros interesantes y documentos sobre ellas.

Las fortificaciones se construyeron por la importancia geográfica y militar de San Sebastián. Francia y España tenían cada vez intereses más opuestos y nuestros reyes no descuidaban fortificar esta zona. Ahí está el castillo de Fuenterrabía, construido con el mismo fin.

Nuestras fortificaciones eran muy antiguas. Databan del siglo XII, cuando los reyes navarros levantaron a su alrededor – alrededor de la villa – cercas, torres y murallas. La principal entrada al recinto amurallado era la llamada de Tierra. Otra, la de la Marina, en el muelle, unía la villa con el tráfico de puerto. Y la tercera, abierta en 1575, daba acceso al castillo desde Santa María.

Con razón los reyes consideraron a San Sebastián plaza segura, la más segura que tenía en Guipúzcoa. Por sus murallas sólidas, bien distribuidas y excelentemente armadas, reforzadas además por el castillo y sus muchos baluartes, diseminados a lo largo y alto de la montaña.

Y sin embargo, también la plaza fuerte y militar que era entonces nuestra ciudad tenía su punto flaco, su zona débil y quebradiza: el lienzo del río. Bien lo sabían los asaltantes al escogerle para bombardearlo y romper por él su defensa.

II – La Puerta de Tierra y la diligencia:

¡ Cuánto atractivo ofrecía la Puerta de Tierra de nuestra muralla! Por ella pasaba, estruendosa, la diligencia, latido de vida que se metía hasta lo hondo en el pueblo que era entonces San Sebastián.

Con dificultad podemos situarnos en aquella vida, tan distinta de la nuestra, con sus aviones supersónicos, los coches de grandes velocidades y los trenes que se hunden bajo las montañas o saltan los ríos sobre puentes agilísimos. Nada de esto había entonces. Se viajaba en diligencia, carricoche incómodo, de ejes duros, tirado por caballos.

La salida y la llegada de la diligencia – a través de la Puerta de Tierra – era un espectáculo. Los viajeros con sus fardos pesados, los gorros de dormir, el vaso de camino, los bultos, los trastos, todo se colocaba en la baca bajo una lona protectora del polvo o de la lluvia.

San Sebastián recibía la diligencia cada tres o cuatro días. A veces la nieve o algún accidente del coche espaciaba más su llegada.

III – El castillo y sus baluartes:

El castillo de la Mota, nombre que entonces se daba a cualquier fortificación, es, sin duda, nuestra joya más valiosa de tiempos pasados. Testigo hosco de nuestra historia, firmemente plantado en la altura. No será tan bonito como otros en España. Pero San Sebastián le debe su existencia, y eso es bastante.

Hacia 1194 comenzó su construcción con un carácter muy militar. El de hoy es una reconstrucción, a lo moderno, del primitivo, erigido por Sancho el Fuerte de Navarra.

Tuvo una vida accidentada. En 1476, rodeado de formidables reductos, alcanza personalidad propia. En 1575 una explosión lo destruye. Años después en 1688, el almacén de pólvora explota. Para 1691 Hércules Torrelli, famoso arquitecto, lo reconstruye.

El castillo era considerado baluarte importante por esta rápida sucesión de destrozos y reedificaciones. La frontera, tan cercana, las luchas con Francia y la importancia militar de San Sebastián hacía necesaria la buena disposición de nuestra fortaleza.

Desde abajo, San Sebastián, pequeño y oscuro, a la hora en que cerraba las puertas de sus murallas, agradecía su vigilancia.

IV – Estudio del fuero:

Fuero es ley o código dados para un Municipio durante la Edad Media. Y en otro sentido, cada uno de los privilegios y exenciones que se conceden a una ciudad, villa o clase.

En cierto sentido el Fuero de San Sebastián es para nuestra Ciudad lo que la inscripción de nacimiento para las personas: punto de arranque, principio de conocimiento, base de desarrollo.

Dado el Fuero hacia el año 1180 y conociéndose muy poco sobre Guipúzcoa en aquella época, se cree que su motivación fue el ansia de agrupación de tantos pobladores dispersos. No cabe duda de que por entre tantos valles y montes la población estaba dispersa, alejada, y de que comprendían que la unificación les convenía y les daría fuerza.

El Fuero supone entrar en una nueva etapa, la municipal, que concluirá al hermanarse los municipios en la segunda mitad del siglo XIV, naciendo entonces la Guipúzcoa Foral, que dura hasta aproximadamente la mitad del siglo XX.

V – Los balleneros. Valor y peligro:

La ballena es un mamífero especializado para la vida en el agua, y alcanza con frecuencia grandes

dimensiones. Valen mucho como fuente de aceite, que es lo que precisamente buscaban los pescadores donostiarras de aquellos siglos XIV y XV.

Todo empezaba con una señal: campana o humo. Lo más corriente esto último. La hoguera la encendía desde su escondite un hombre, el atalayero, encargado de avisar la presencia de ballena, que se delataba por el ruido que hacía y el chorro que expulsaba. Desde el puerto distinguían a escape la señal, la fogata, del talajeru . Visto el humo u oída de campana, el puerto era un hervidero de voces, gritos, órdenes y despedidas.

Hacía falta salir pronto, porque siempre existía el peligro de que otros puertos se adelantaran en la captura y el beneficio de la pesca se perdiera, ya que la ballena pertenecía al que la cogía. Era entonces de ver hombres y mujeres y aún niños corriendo a por las botas, las maromas y las sogas, llevando unos remos, arpones y sangraderas, otros cuerdas y cuchillos. Los pescadores saltaban de cubierta a las pinazas, y soltaban amarras, llamándose unos a otros con febril apasionamiento.

VI – Incendios, pestes y sitios:

San Sebastián sufrió repentinamente el daño del fuego. Las causas de estos desastres fueron lo apretado de las casas, casi todas de madera; la existencia de muchísimos comercios con géneros propicios a las llamas y la abundancia de talleres de horno.

El primer incendio de produjo en 1266 y causó grandes daños.

El segundo ocurrió en 1278. Se quemó totalmente la población y se inició en una casa llamada Ichaspe, en la tripería, propagándose desde allí al resto de la villa.

En 1338, 1361 y 1397 otros incendios abasaron San Sebastián, lo que de nuevo ocurre en 1433 y 1489, éste más grave, pues la población quedó reducida a un montón de escombros, por descuido de una mujer en la casa de un tal Juan de Aguirre.

Los incendios se repitieron en 1512, con la invasión francesa del Duque de Borbón, cuando los donostiarras quemaron 166 casas de los arrabales; en 1524 – fuego que disipó una epidemia originada en los heridos de la expedición de Bearne que estaban atendidos en el hospital – ; en 1630 – duró seis días y ayudaron a apagarlo vecinos de Oyarzun, Hernani, Pasajes e Irún porque los donostiarras no tenían fuerzas para más – y en 1738, que fue voracísimo.

Y junto a la calamidad del fuego, la de la peste, tampoco desconocida para desgracia de aquellos donostiarras.

VII – Costumbres:

Si era día de trabajo, cada uno marchaba, temprano, a su taller, a su oficina, al cuartel. (En esto apenas ha habido cambio) Pero si era día festivo y hacía buen tiempo, muchas y muchos iban a la Plaza Nueva, a charlar o a tomar el sol. Allí era fácil encontrar a los amigos.

Oída la Misa en cualquiera de las iglesias y conventos donostiarras, los aficionados a la pelota iban al frontón, que estaba a la izquierda del Cubo imperial. Se jugaba a pala y a mano. Era la principal y más arraigada diversión y ejercicio. Y aunque estaba prohibido apostar, muchos volvían con los pantalones perdidos... llorando. Con quienes más se jugaba era con los navarros.

En el frontón daban las doce. Y se iban todos a sus casas, pues se comía al mediodía en punto. Por la tarde las familias se reunían en las casas hasta bien entrada la noche. Naturalmente, no había discos, ni radio, ni televisión. Pero sí libros, y juegos de trucos, de cartas y de billar. El placer de la charla, de los naipes y la preparación y consumición de la merienda envolvían la sala en tinieblas sin que nadie se diera cuenta. La

llegada de unas velas encendidas llenaba de sombras la habitación. Poco faltaba entonces para las despedidas.

Como la iluminación pública nocturna era mala, las visitas se alumbraban de regreso y hasta llegar a sus casas con faroles de mano, algunos costosos y artísticos. Había pugnas familiares sobre quién tenía el farol más valioso y bonito. Las calles se llenaban entonces de lucecitas como estrellas y luciérnagas que duraban lo que el paso de las personas por las callejuelas empedradas.

VIII – El tráfico del puerto:

Otra cosa digna de verse en aquel San Sebastián era el movimiento y riqueza de su puerto.

Ya antes del descubrimiento de América, San Sebastián era etapa en las rutas de Francia, Inglaterra y los Países Bajos, y también en las de Galicia, Portugal y Andalucía. Tenía la suerte de estar en el centro.

Además fue puerto de Navarra durante las repetidas anexiones de Guipúzcoa a aquel reino. Todo el comercio navarro, que no era pequeño, encontraba entonces salida por nuestro embarcadero.

Como hasta principios del siglo XIV Bilbao – como sucesor de Bermeo – no se dio a conocer, San Sebastián era el puerto más importante de Norte de España.

Como muelle se le considera obra maestra. Resultaba cómodo para entrar y salir, pues su canal no era ni muy ancho ni muy profundo, a pesar de estar batido siempre con incesante acción y reacción del mar. En 1617 pidió el rey Felipe III que le enviaran medidas detalladas de la altura y grosores de los muelles donostiarras para copiarlos en el que se pensaba construir en Gibraltar. Carlos V fue el primero en modernizarlo. Y Felipe II reforzó los muelles.

Podían atracar hasta sesenta navíos y, como lo eran de todas las nacionalidades, los muelles se convertían en torres de babel. Difícil resultaba calcular la fuente de riqueza que nuestros muelles suponían para la villa. A pesar de que desde 1643, aproximadamente, habían decaído bastante el tráfico y comercio de la ballena. Se quiso, entonces, revivir su pesca, pero este intento, efectuado en 1732 de forma expresa, no tuvo éxito. Pero aún así, la importancia económica del puerto donostiarra era todavía muy grande. Bien se puede decirse que San Sebastián vivía gracias a su puerto. No había todavía, ni remotamente, industrias y turismo.

Poco tiempo le quedaba a nuestro muelle de vida pujante. En las postrimerías del reinado de Carlos II (1661–1700) entra en rápida decadencia. Surgen en el horizonte dos colosos, demasiado próximos, uno a cada lado: Bayona y Bilbao. Ahogado por ambos, el puerto donostiarra se fue debilitando lentamente, para aquellos donostiarras angustiosamente. Pero al fin, el puerto se apagó como una luz que se aleja.

IX – Las Iglesias:

Dos iglesias había en San Sebastián dentro de su recinto y otra fuera de él.

La de San Vicente, el edificio más viejo de San Sebastián, era – y es – hermosísima, de bóvedas y naves muy buenas, rosetas, ventanas y cenefa de piedra con flores labradas, sacristía espaciosa y coro alto. De estilo gótico, es más bella por dentro que por fuera. Se inició su construcción en 1507, en los solares que ocupaba otra iglesia destruida. Fueron sus arquitectos santa Celay y Urrutia. Lo que más vale son su atrio y su retablo, que pertenecen al siglo XVI.

Tan importante y tan histórica como la iglesia de San Vicente es la de Santa María, con sus naves de sillería labrada, y tantas tallas de proporciones escogidas. Resulta artística su portada, cascarón vistoso de columnas talladas. No os engañe la vista el color de las esculturas, no son de piedra, sino de madera maravillosamente agrisada por la acción del tiempo. Sobre la portada hay una hornacina con la imagen de San Sebastián,

rematado todo con el escudo de la ciudad. Todo es valioso y noble en esta iglesia: la sillería, los retablos, la madera de la sacristía, las baldosas. Y el devoto camarín con sus adornos de plata y madera dorada (el oro fue robado en 1813).

La tercera y última iglesia era la del Antiguo, primer núcleo de la villa, que llevaba el nombre de San Sebastián. Destruída en 1836, la actual es reconstrucción moderna de la reproducida. Estaba construida a la orilla del mar, sobre unas peñas, y no sería corriente ver en sus funciones religiosas a los donostiarras de la villa. Aquella iglesia, dirigida por un dominico, era modesta y pobre, pero útil para atender las necesidades de los caseros de los alrededores.

X – Despedida desde los caseríos:

Los montes, por el lado que miraban al mar, resultaban descarnados, por efecto de la lluvia y del viento. Pero en la vertiente interior eran frondosos y de majestuosos bosques.

Para hacer que la tierra diera mayores y mejores frutos, los caseros la mezclaban con cal, estiércol y unos restos salitrosos de broza que el mar arrojaba. Con ello adquiría el campo grosor y fertilidad extraordinarios. No resultaban inútiles las molestias de los carros que recogían las heces dentro de la villa. Todos los labradores residían en sus tierras, en la soledad de sus caseríos, entre riscos. Ninguno vivía en la ciudad. Así tenían la ventaja de poder trabajar las heredades el día entero, escardando las huertas y cavando las viñas, sin perder tiempo en desplazamientos.

La tierra, verde y jugosa, enriquecida con tan buen abono, era agradecida. Y llenaba la Plaza Nueva con frutos magníficos. Incluso para la simple vista resultaba atractiva, esmeralda de laureles rústicos, de fresales, morales, azucenas silvestres y jazmines. Recubierta también por la argoma, la espinosa planta de flor amarilla.

No faltaba el buen pasto, sobre todo el orégano silvestre. Y por eso con frecuencia se destacaban en los repechos grupos de corderos y de vacas. Junto al caserío picoteaban las gallinas, tomaban el sol perros y gatos, gruñían los cerdos y vivían en sus jaulas los conejos y en sus palomeras las palomas. Y a su lado aparecían las figuras enhiestas y calientes de las metas, cama y alimento del ganado.

TRABAJO DE SAN SEBASTIÁN